

## **Rasgos de una Nueva Identidad desde la Experiencia de la Mujer en Barrios**

---

Fryné Santisteban\*

El rol que la sociedad asigna a la mujer, marca profundamente su vida y su identidad, definiendo sus tareas, su mundo de relaciones y sus preocupaciones centrales. Lo recargado de su rutina y el tiempo que le demanda, hacen de su hogar el principal espacio en el que se desenvuelve su vida. Su ubicación como ama de casa y madre de familia, delimita su mundo de relaciones: su pareja, sus hijos, otros familiares y unos pocos vecinos constituyen sus vínculos más importantes. Su tarea de madre y su especial dedicación a los otros, marcan también sus aspiraciones y deberes. Más que desear algo para ellos, aspira a que sus hijos logren lo mejor en la vida, depositando muchas veces en ellos las aspiraciones propias, que ella no se atreve a reconocer.

No nos vamos a detener aquí a analizar cómo ese rol ha sido asignado por la sociedad y asumido por las mismas mujeres. Basta señalar que desde muy temprano, la experiencia de socialización muestra un camino a la mujer que ella va asumiendo en el proceso de construcción de su identidad femenina. En este artículo nos

---

(\*) Fryné Santisteban, Psicóloga, es investigadora del Área de Vida Cotidiana del Instituto Bartolomé de Las Casas. Rimac, Lima.

interesa más bien reflexionar sobre cómo este rol va siendo cuestionado en los hechos, por la experiencia de participación en organizaciones femeninas en los barrios de Lima y cómo el proceso de incorporación a ellas amplía sus posibilidades de acción, su mundo de relaciones, dando lugar a experiencias que favorecen el diseño de una nueva manera de ser mujer, recogiendo así experiencias y rasgos valiosos de su pasado.

## **ORGANIZACION FEMENINA: PORTADORA DE CAMBIOS**

En los últimos años en el país, en el contexto de la profunda crisis que pone en riesgo la vida de miles de personas, están surgiendo multiplicidad de organizaciones populares que buscan responder en forma colectiva la solución de sus principales necesidades. Entre ellas encontramos diferentes organizaciones de mujeres pobladoras que con creatividad y audacia se están agrupando para asumir activamente la tarea de crear alternativas de respuesta a sus demandas y necesidades. Están formando por ejemplo comedores populares . . . para solucionar el hambre y la desnutrición de sus hijos; grupos de delegadas de salud para prevenir enfermedades, contribuir a resolver el problema del saneamiento ambiental y exigir mejores servicios en las postas médicas; talleres de producción como fuente de trabajo y por tanto de ingreso.

Agrupaciones como éstas, surgen como parte de un proceso amplio de organización de los sectores populares y recogen la experiencia de respuesta colectiva de hombres y mujeres en los barrios pobres de Lima. A diferencia de otras organizaciones bajo la tutela o el control de instituciones estatales, privadas, de beneficencia o partidos políticos, éstas a las que hacemos referencia buscan mantener y defender al mismo tiempo que su autonomía, su relación con otras organizaciones del pueblo presentes en su barrio. Estas organizaciones femeninas combinan en su dinámica interna la realización del trabajo concreto que las convocó, con una tarea más amplia de capacitación y educación de las mujeres que en ella participan, haciendo resaltar el carácter participativo y comunitario de la experiencia. En estos casos, la experiencia de organización y los desafíos que en ella encuentran las lleva a reflexionar sobre su papel como mujeres.

Los logros de las mujeres en estas organizaciones no se circunscriben a la tarea que les dio origen. Como desarrollamos en otro artículo<sup>1</sup> la experiencia de organización genera en ellas cam-

bios en distintas dimensiones de su vida.

En la vida del hogar por ejemplo, han aprendido a planificar mejor su tiempo para hacer compatible su responsabilidad y participación activa en la agrupación, con sus tareas respecto a sus hijos y a su hogar. Están aprendiendo a defender frente al esposo su derecho a participar en otras actividades fuera de la casa y su necesidad de establecer nuevas y diferentes relaciones humanas. Se van esforzando porque toda su familia comprenda el sentido de su participación y por mostrar en actitudes concretas los aportes que encuentran en su experiencia grupal.

Al mismo tiempo, reconocer sus problemas y necesidades en la situación de otras mujeres y en el resto de pobladores, las anima a participar colectivamente en un proceso más amplio de toma de conciencia de sus derechos y en la lucha por sus reivindicaciones como mujeres y como pobres. En pocas palabras, la organización favorece la participación de las mujeres en el espacio de lucha del movimiento popular, en el terreno más social y político que antes fue extraño o distante a su experiencia cotidiana. A través de su agrupación, las mujeres no sólo entran en relación con otras organizaciones de su barrio, sino que son estimuladas a participar activamente en el diseño de alternativas de solución de las necesidades de todo el pueblo y a dar su aporte específico.

Asimismo, se producen modificaciones en la propia vivencia de la mujer que siente que puede desenvolverse bien en otros terrenos y empieza a descubrir que es capaz de actuar eficazmente en actividades distintas a las que siempre realizó. Este aspecto nos interesa desarrollar en el presente artículo.

Todas las situaciones y experiencias que la mujer vive en su práctica organizativa constituyen oportunidades susceptibles de generar cambios en su estilo de relacionarse con los demás, con ella misma, en su autopercepción y en su comportamiento.

Los testimonios de muchas de ellas nos muestran por ejemplo que en la organización "aprenden a hablar". Sabemos que el silencio es una de las expresiones más claras de opresión no sólo porque es la manifestación del derecho negado a la palabra, sino también porque conlleva desconocimiento, marginación, indiferencia. Al hablar, las mujeres rompen el largo silencio y la timidez a la que casi estaban acostumbradas y empiezan a comunicarse, a compartir experiencias; y a través de ello a vencer la "soledad" que vivían en la casa. Hablar también significa ser escuchada por otras personas y esta es una experiencia portadora de reconoci-

miento personal; al sentir que sus compañeras la escuchan, las mujeres tienen la oportunidad de sentirse reconocidas, de sentir que su presencia es advertida por otros y esto es significativo para su autoestima y su propia valoración. Asimismo, "aprender a hablar" no es únicamente decir en voz alta lo que pasa por la cabeza, también significa aprender a opinar, formular ideas, ejercitar el razonamiento, el análisis, transitar del terreno de la experiencia concreta a la idea, al concepto, a través del instrumento de la palabra. En ese sentido, "hablar" connota relación, comunicación y también reconocimiento personal.

Hasta dónde estos hechos plantean cambios en su autoestima y en su identidad personal es algo que queda por precisar y analizar; pero lo cierto es que hay evidencias que nos permiten sospechar que estamos ante una interesante novedad.

## **UN NUEVO ESTILO QUE CUESTIONA EL VIEJO ROL**

A partir de constatar los cambios que se están generando en los distintos aspectos de la vida de las mujeres organizadas, podemos afirmar que el viejo estilo de asumir el rol de ama de casa y madre de familia, está siendo cuestionado, tanto en el "lugar de los hechos": la casa, la relación con el esposo, etc., como en la conciencia de las mujeres.

A la casa y a la relación con su pareja, por ejemplo, ella lleva, a través del reclamo o de la persuasión la experiencia de relación democrática, de roles compartidos que vive en la organización de la que forma parte. Los comedores populares autónomos, por ejemplo, traen consigo un evidente cuestionamiento a la vieja tarea de la mujer, en la medida en que los alimentos se preparan colectivamente, en que cada mujer cuenta con tiempo libre, descargada de la tarea de cocinar todos los días. Además, participar en organizaciones a través de cuyas actividades la mujer puede aportar a la economía del hogar, significa también la posibilidad de compartir con el esposo el rol, hasta entonces exclusivo del varón, de proveer de recursos y asegurar la mantención de la familia.

Se trata pues de experiencias que cuestionan y redefinen antiguos roles a través de los hechos y no una formulación principista de lo que deberían ser las tareas y actividades de la mujer. Esta manera concreta de cuestionar el viejo rol que comporta la experiencia organizativa, al mismo tiempo que irrumpe en la co-

tidianeidad de la mujer modificándola, adopta rasgos de un proceso firme aunque lento. La potencialidad que esta experiencia trae consigo, cuestiona con firmeza afirmaciones como que estas organizaciones ligadas a necesidades concretas: alimentación, salud, educación, trabajo, etc. no son más que prolongaciones de viejas tareas femeninas vividas en una dimensión colectiva.

La organización de alguna manera es una experiencia que genera tensión, conflicto, irrumpe en la vida cotidiana tradicionalmente establecida, cambia la rutina, altera la dedicación de la mujer a las tareas del hogar, la hace sentir inconforme frente a su viejo y hasta entonces incuestionado rol de ama de casa a tiempo completo y a dedicación exclusiva. Tal vez ese sea uno de los grandes logros de la experiencia de estar organizada: el cuestionamiento, la tensión que estimula el cambio, la incomodidad que estimula el avance y la transformación.

Es cierto que la tendencia creadora no discurre siempre con agilidad, no es fácil para las mujeres enfrentarse a una experiencia portadora de novedad, sobre todo si siempre vivieron y se imaginaron a sí mismas en la rutina de la casa. En el grupo y al interior de cada persona se ponen de manifiesto tendencias opuestas al cambio, actitudes y temores frente a lo nuevo que genera ansiedad y que dan lugar a hechos que aparecen como representantes de lo "viejo": dirigentes que asumen actitudes autoritarias, señoras que prefieren sumirse en la pasividad y en un nuevo tipo de conformismo al no reconocer su derecho y al mismo tiempo su responsabilidad de aportar en su organización, chismes y envidias que al no ser enfrentados atentan contra la verdad y la solidaridad.

Todas estas actitudes son un reto a cada organización que deberá crecer no sólo en eficacia para responder a sus tareas centrales, sino también en animación de un proceso más amplio de promoción humana de cada uno de sus miembros.

En las organizaciones de mujeres de los barrios populares conviven pues lo nuevo con lo antiguo. Antigua es la demanda, la necesidad, antigua la tarea, pero nuevas son las formas de responder a ellas, nuevo el despliegue de potencialidades.

## **UN PASADO QUE SE REVALORIZA**

La organización femenina tiene sus raíces en la vida cotidiana, en las necesidades concretas, que no son sólo el hambre, la salud, etc. sino también el cariño, la amistad, el reconocimiento

personal. Quizá su vitalidad radique precisamente en estar enraizada en la cotidianeidad, en ese espacio que la mujer siente tan suyo, del que no ha podido ser marginada; en ese espacio donde no es fácil poner entre paréntesis los sentimientos y donde se expresa con nitidez el mundo personal de cada ser humano.

Este hecho parece marcar profundamente a la organización femenina, no sólo su tarea concreta, sino también su estilo específico, sus problemas y sus retos. En este contexto, las organizaciones se ven urgidas de acoger a cada mujer con el conjunto de experiencias personales que traen consigo. De allí que constituyen un espacio importante para reconocer y valorar de diversas maneras, experiencias de su historia pasada, un buen número de ellas ligadas a su vida en el campo. Por ejemplo, el hecho de surgir en función de la solución de necesidades que las mujeres siempre tuvieron que atender, convoca a conocimientos y habilidades adquiridas.

En organizaciones que surgieron en función de la alimentación por ejemplo, las mujeres ponen en juego su destreza para preparar los alimentos, su agilidad, su capacidad de administración, de ahorro y otros rasgos más que, a pesar de su utilidad e importancia, se mantuvieron bajo la sombra del desvalorizado trabajo doméstico. Es entonces significativo el hecho que en la agrupación se reconozca y valore estas habilidades y el bagaje de conocimientos ligados más a la práctica que cada mujer tiene.

Además, no son únicamente sus conocimientos los que tienen la oportunidad de expresarse y reconocerse sino también sus actitudes y todo lo que constituye su "forma de ser", producto de su historia pasada. Estas, no son, evidentemente, recuperadas como fenómenos sociales sino como actitudes personales de enfrentar al mundo que al hacerse colectivas son reconocidas y revaloradas. De alguna manera la vida colectiva actual en la que se inserta la mujer organizada facilita la utilización instrumental de experiencias pasadas. Así, uno de los rasgos más importantes de su vida en el campo son las relaciones de reciprocidad que se dieron entre los miembros de su comunidad. Esta manera de relacionarse, que es parte de la experiencia de las mujeres, que es un elemento de su pasado, se actualiza en su vida urbana a través de prácticas de reciprocidad, de actitudes solidarias entre vecinos o de manifestaciones de apoyo mutuo entre organizaciones.

Lo vemos, por ejemplo, en el hecho de compartir colectivamente la preparación de alimentos en los comedores, en los actos

de solidaridad entre compañeras para apoyar a quien está atravesando momentos difíciles y lo vemos también en esa especie de "Ayni" que constituye participar ayudando a otra organización en sus actividades con la certeza de que ellos harán lo mismo.

Otra manera de acoger y compartir rasgos particulares del pasado cultural es la expresión de costumbres y estilos de sus pueblos de origen. En los actos culturales frecuentemente realizados en las organizaciones, las señoras interpretan canciones y danzas, muchas veces incluso con el ropaje típico de su pueblo; también en la tarea de cocinar en los comedores populares, ellas tienen la oportunidad de compartir no sólo su trabajo, su esfuerzo sino incluso la "sazón" propia de la comida de su tierra.

A través de estos hechos cotidianos y concretos, que reconocen significación e importancia al pasado de las mujeres, a su bagaje cultural y vivencial; se va dando la posibilidad de revalorizar también el contenido del que ellas son portadoras: los estilos, las costumbres, los valores, en suma, una cultura que antes fue motivo de vergüenza para los migrantes que se vieron obligados a rechazarla y negarla para poder adaptarse a la ciudad.

## **EN EL CAMINO DE NUEVA IDENTIDAD**

A partir del conjunto de experiencias a las que hemos hecho referencia a lo largo de estas páginas, podemos plantear algunas reflexiones en torno al aporte que ofrecen a un proceso de cambio y de consolidación de rasgos nuevos en la identidad de las mujeres.

Desde una perspectiva psicológica, la identidad es producto de un largo proceso de desarrollo psicosexual, que tiene sus principales raíces en las relaciones afectivas de la infancia. La identidad supone dos aspectos importantes: la integración de las distintas partes de la personalidad, de manera que constituyan una Unidad y al mismo tiempo el reconocimiento de las diferencias específicas entre uno mismo y los otros<sup>2</sup>. Si bien la infancia y la adolescencia son los momentos privilegiados para la conformación y consolidación de la identidad, esta se va enriqueciendo y modificando con las posteriores experiencias y vivencias.

De qué manera la experiencia nueva que están viviendo muchas mujeres del pueblo, al participar en organizaciones y en acciones colectivas como las que describimos, conlleva modificaciones en su propia identidad? La comprensión de las leyes que rigen

el dinamismo psíquico requieren de un acercamiento metodológico específico cuyos alcances y particularidades sería difícil exponer aquí. Queremos, sin embargo, señalar de manera resumida los elementos que nos parece constituyen un espacio objetivo a partir del cual es posible reconocer el aporte de estas experiencias a la conformación de rasgos de una nueva identidad de la mujer. Evidentemente no podemos establecer una optimista relación causal.

“La capacidad de seguir sintiéndose él mismo en la sucesión de cambios, forma la base de la experiencia emocional de la identidad. Implica mantener la estabilidad a través de circunstancias diversas y de todas las transformaciones y cambios del vivir<sup>3</sup>. En ese sentido, “recuperar” y dar un espacio para la expresión del pasado a través del recuerdo y la actualización de experiencias anteriores que, por exigencias externas del proceso de adaptación a la vida urbana, fueron de alguna manera excluidas de la conciencia y de la manera de actuar, es un hecho objetivo que puede servir hoy de escenario para acoger y revalorar su propia historia y facilitar esa experiencia de continuidad temporal, necesaria para el sentimiento de identidad.

Es cierto que una de las expresiones más claras de opresión es la negación de la propia historia, el olvido del pasado que atenta contra la posibilidad de acumular experiencia útil para hacer frente a las situaciones nuevas que van surgiendo. El hecho de que las organizaciones y la vida colectiva de los barrios, traiga consigo la posibilidad real de recordar, revivir, acoger el pasado y recrearlo, constituye un elemento importante como generador de identidad.

El mensaje implícito que se transmite a cada una de las mujeres es que aquello que han vivido en su infancia y juventud en el campo, no es motivo de desprecio, de vergüenza, ofreciendo así un elemento que contradice la actitud despectiva y desvalorizante que encontraron al llegar a la ciudad.

Por otro lado, no es posible concebir la identidad sin la presencia del “otro”. La consolidación de la identidad humana es en ese sentido un proceso necesariamente social, surge de la relación con otros a través de procesos de identificación a partir de los cuales se van conformando las semejanzas y las diferencias entre uno mismo y los demás.

En los primeros años de la infancia esos “otros”, representantes de la sociedad, sin cuya presencia no es posible conformar



la identidad, son las figuras paternas y principalmente, la madre. Para un adulto los "otros" son además, todas las personas con las cuales se establecen relaciones significativas. Ciertamente el peso de una relación afectiva en la infancia es diferente al de la adultez, la primera tuvo un carácter "organizador" de la estructura psíquica y de la personalidad, la importancia de las relaciones posteriores radica en su carácter de consolidador o modificador.

Muchas veces la relación con los demás es una vía de autococonocimiento, el encuentro con otros permite reconocer en ellos rasgos y características que siendo también propias no son conscientemente conocidas como tales. Al mismo tiempo, los otros, en la medida en que son diferentes de uno mismo, son interlocutores válidos capaces de otorgar o negar reconocimiento y valoración a través de su juicio y su actitud.

Estos procesos psicológicos se dan espontáneamente en el contexto de las relaciones interpersonales, y de manera particular en las experiencias de participación en grupos que generan relaciones nuevas.

Las organizaciones de mujeres a las que hacemos referencia, y sin duda muchas otras también, favorecen el encuentro activo entre las personas, favorecen la relación con otros, base para la conformación de la categoría "nosotros", que respalda toda creación colectiva y base también para el fortalecimiento de la propia identidad.

A lo largo del artículo hemos aludido a diversos hechos que manifiestan de qué manera la organización es fuente potencial de reconocimiento y acogida de las mujeres (al escucharlas, al reconocer sus habilidades por sencillas que sean, al permitirles asumir diferentes roles, al reconocer su pasado, etc.). Hemos señalado también su carácter de cuestionador del viejo rol de la mujer y su capacidad de generar nuevos estilos para asumir responsabilidades con su familia y su comunidad. Sin embargo, sabemos que eso no es todo, sabemos que en los grupos hay sentimientos de envidia, competencia, egoísmo, pasividad, inseguridad y minusvaloración; sabemos que en las organizaciones muchas veces se dan relaciones marcadas por el verticalismo, por la falta de democracia y de igualdad. Estos rasgos no sólo son reedición de estilos asimilados socialmente que vemos en diferentes instancias de la sociedad, sino que además son apoyados por procesos psicológicos que les sirven de sustento. Así por ejemplo, a la actitud autoritaria de una dirigente acompaña generalmente, la pasividad de las demás señoras, hechos

que evidencian un vínculo afectivo de dependencia entre ambas y cuya comprensión pasa por analizar las razones de ese vínculo tanto en el contexto actual de la organización, como con los modelos que cada persona tiene desde sus experiencias infantiles.

La organización, aparece así como un espacio colectivo donde se manifiestan las distintas tendencias en pugna, aquellas orientadas hacia el cambio y la transformación y otras que más bien buscan mantener la situación tal como está a través de la reedición "inmodificada" de estilos de relación y de vínculos pasados. En este sentido un gran reto de las organizaciones populares, femeninas en este caso, es el de ofrecerse como escenario útil para esa pugna, para acogerla sin ocultarla ni disimularla, para analizarla, enfrentarla y apoyar a través de oportunidades objetivas su solución transformadora.

Tolerar la contradicción y fomentar el cambio cualitativo serán así instrumentos útiles para apoyar el proceso de liberación de la persona humana, de los pobres, de las mujeres dentro de ellos.

## NOTAS

<sup>1</sup> “La mujer de los barrios marginales: construyendo una nueva vida”, Páginas No. 67, CEP, Enero 1985. Lima.

<sup>2</sup> Grinberg y Grinberg, *Identidad y Cambio*; Paidós, Barcelona, 1980.

<sup>3</sup> *Ibid.*